

Armonía secreta

El misterio de la Escritora II

Stef León

LES
editorial

Primera edición: junio de 2022

© Stef León, 2022

© Letras Raras Ediciones, S. L. U., 2022

© Lucía Antru (IG @lucia_antru), ilustración de la portada, 2022

© weirdwithluv y naian_art (ilustraciones interiores y fichas de las alumnas), 2022

LES Editorial pertenece a Letras Raras Ediciones, S. L. U.

www.leseditorial.com

info@leseditorial.com

ISBN: 978-84-17829-76-6

Depósito legal: MU 409-2022

IBIC: FRD

Impresión: Podiprint

Impreso en España - *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

*Para mis lectoras de Wattpad,
por haber superado con valentía la «agonía secreta».
Sin ustedes nada de esto sería posible.*

Me quieres — estás segura —
No temo equivocarme
No me despertaré engañada
Una complaciente mañana
y descubriré que el Sol se ha ido
¡que los Campos — están desolados
y que mi Amor — se ha marchado!

No debo inquietarme —estás segura.
Nunca llegará la noche
En la que, asustada, corra a tu casa
Y encuentre las ventanas oscuras
Y mi Amor se haya ido —dime
¿Nunca llegará?

Claro que estás segura —sabes
Que lo soportaré mejor ahora
Si me lo dices así
Que si —cuando la Herida
haya sanado
¡Me hieres —otra vez!

EMILY DICKINSON, Poema 156



¿Quieres escuchar la banda sonora de esta historia?

20 de diciembre de 1982

Querida Lu,

He comprobado en las últimas semanas que la soledad nos empuja a emprender acciones desesperadas.

Quisiera mentirte, quisiera decirte que diciembre lo devora todo: desde las hojas de los árboles hasta la luz del sol y las horas del mundo; que corre acelerado y choca con la Navidad y que eso me ha impedido escribirte, sobre todo si tengo encima los desfiles de la Banda y los exámenes del final de trimestre. Quisiera mentirte, Lu, pero ha sido otra situación la que me ha impedido regar tinta en este cuaderno.

Y tengo que ser sincera, te lo debo.

No te he escrito porque siento que te he traicionado de alguna forma y me avergüenza. La conciencia pesa más que los libros de texto, lo he comprobado, pero antes de que te enfades quiero que recuerdes algo: decidiste dejarme. Me abandonaste y pusiste como excusa que tenías derecho a hacerlo.

¿Puedes juzgarme por intentar escapar de la soledad en la que me sumiste?

Entre más tiempo pasa sin que estés entre los vivos, mejor entiendo a las personas que buscan con desesperación alguien que las escuche. ¿Recuerdas a la hermana Paulina, la que vagaba por los jardines llamando a su prometido, el que había muerto? Ahora sé por qué enloqueció y no voy a regodearme en mi propia miseria, sabes que no soy así, pero al menos considera que no hay nadie, absolutamente nadie, que quiera escucharme o siquiera prestarme un hombro para llorarte.

Pero te debo una explicación.

Para que puedas entender las circunstancias que me impulsaron a actuar, tengo que hablarte de algo que sucede en la academia. Hay tradiciones extrañas como el lazo de

hermandad, que consiste en que una estudiante mayor te toma bajo su tutela. También están las fraternidades, que son grupos de chicas que se reúnen una vez a la semana. Por lo que averigüé, hace unos años era una práctica que estaba permitida, pero cuando las fraternidades se tornaron conflictivas entre ellas, se prohibieron y se cambiaron por lo que ahora se conocen como los clubes extracurriculares. La cuestión es que los clubes son vigilados o liderados por una profesora y tienen un área específica de acción, mientras que las fraternidades contaban con varias libertades; así que ahora trabajan en secreto: se reúnen y hacen lo que les viene en gana.

Te preguntará cómo lo sé. Lo sé porque me invitaron a la reunión de una fraternidad. La invitación me llegó en un sobre dorado con franjas negras donde estaba escrita una fecha, una hora y un número de habitación. La que duerme en esa habitación es la chica a la que le robé los borradores, la que me llevó un pedazo de pastel a los sanitarios. ¿Recuerdas que te hablé de ella? Con las miradas que me lanzó los días siguientes me abstuve de preguntarle los detalles de la invitación, pero a ti puedo decirte un dato sobre ella que tiene más valor del que imaginas. Su nombre. Caterina Ferrer.

Asistí tan emocionada como cohibida. No quería meter la pata, no cuando ella y yo habíamos «avanzado» desde mi cumpleaños. Me mantuve despierta hasta las dos de la mañana. ¿Imaginas faltar por quedarme dormida? Nunca me lo perdonaría.

Cuando llegué, me abrieron la puerta sin que tuviera que tocar. La habitación tenía velas por todos lados, pero no creas que me encontré frente a un escenario de terror, donde la protagonista es el inocente tributo de una secta sanguinaria. Nada más alejado de la realidad. Había velas, pero ningún pentagrama invertido entre ellas, te lo aseguro, solo cinco chicas que regresaron a mirarme como si yo hubiera llegado al lugar equivocado. No diré sus

nombres, porque sé que este diario –por más precauciones que tome– puede llegar a manos de la gobernanta de piso (y si usted, gobernanta, lee esto algún día, debería sentir vergüenza por no respetar la intimidad de las personas).

Como decía, dado que puede hacerse público, nombraré a las chicas como si nombrase a una pandilla de felinos: Rayada, Timorata, Peluda y Soñadora. Rayada y Peluda parecían las menos felices de tenerme allí, hasta podría decir que, de haber sido unas gatas de verdad, habrían levantado la cola y me hubieran gruñido.

Caterina Ferrer estaba sentada en la cama, con las piernas cruzadas y entre almohadones que asemejaban un trono. Las demás estaban en el suelo, sobre cojines. Ocupé el que estaba vacío. Cat mandó a que Timorata me sirviera una taza de té y alargó una caja de chocolates hacia mí. El que tomé me supo tan extraño que estuve a punto de vomitar. Debí de haber puesto una cara muy graciosa, porque las demás se echaron a reír.

–Tiene whisky por dentro –me informó Peluda.

(Intentaré transcribir lo que me dijeron, para que te hagas una mejor idea de todo).

–No la juzguemos por no ser una borracha como nosotras –dijo Soñadora–. Ya le enseñaremos a valorar ciertos brebajes.

–Lo que me gusta de Ylari –intervino Cat, y todas miraron en su dirección– es exactamente eso: que no está manchada.

–¿Manchada? –pregunté.

–Eso mismo me preguntó yo –dijo Rayada–. ¿A qué te refieres con manchada? ¿Te refieres a que es más ingenua que la mayoría de la gente?

Se enfrascaron en una extensa discusión en la que intervine poco. Me concentré en las miradas que Cat me lanzaba y, te lo juro, parecía que las llamas que le iluminaban los ojos también se los iban oscureciendo.

-Me refería -dijo Caterina hacia el término de la discusión-, que Ylari no está manchada por el pensamiento burgués con el que hemos crecido nosotras. -Y añadió en mi dirección-. Admiro lo que has compuesto para la lira y me agrada lo que dices en la clase de Filosofía, por eso decidí invitarte.

-¿A qué exactamente? -Yo no tenía idea.

Entonces me explicaron lo de las fraternidades secretas y me dijeron que la suya tenía años de haber sido fundada y que había contado con chicas que, después de egresar, se habían convertido en escritoras, filósofas, pintoras, activistas o catedráticas de renombre.

-Nos hacemos llamar *Le conquistatrici* -señaló Peluda-. *Las conquistadoras*.

-Pero no de chicos -apuntó Rayada-. Hay fraternidades que se la pasan hablando de penes y de sexo, pero nosotras...

-También lo hablamos -interrumpió Soñadora.

-Es verdad -aceptó Cat-, pero no es el monotema. Discutimos sobre los libros que nos prohíben leer, sobre lo que la sociedad nos prohíbe hablar. Estudiamos las obras de Simone de Beauvoir y Betty Friedan.

-Vamos en contra de lo establecido -intervino Soñadora-. Estamos cansadas de que nos digan cómo tenemos que pensar o lo que debemos sentir; ya sabes, esa mierda de los roles de género.

-Aprendemos a tener una opinión -dijo Cat-, pero una opinión fundamentada en lo que leemos y analizamos.

-La ignorancia subyuga al mundo y a las mujeres nos subyuga el doble -intervino Timorata por primera vez.

-Hacemos más trabajo del que nos mandan en clase. Leemos más libros de los que leeríamos al año con las asignaturas normales.

Me había imaginado de todo, Lu, todo menos que aquellas chicas se reunieran para estudiar a altas horas de la madrugada, que aquellas reuniones las hicieran para

cultivarse y leer las ideas y consignas que los profesores de la academia nos prohibían. Me sorprendió y me agradó al mismo tiempo. Sin embargo, unirse al círculo permanente, el que se reunía sin excepción una vez por semana, no era tan sencillo.

-No admitimos a cualquiera -dijo Peluda.

-En realidad -señaló Cat y sonrió-, tenemos una regla de admisión: pedimos una cuota de inscripción.

-No tengo dinero -solté.

Se rieron e intercambiaron miradas misteriosas.

-Pedimos algo más valioso que el dinero. Pedimos información.

-¿Información?

-Exacto. Información. Pero no cualquier información. Debes compartir con nosotras tu mayor secreto.

-Si eres capaz de hacerlo, te aceptaremos en la fraternidad y las demás compartiremos nuestros secretos contigo. De lo contrario, esta será tu primera y única reunión.

-Y no nos salgas con eso de que no tienes secretos -escupió Rayada-. Una persona sin secretos es aburrida y no queremos aburridas por aquí.

-Queremos chicas que aporten al grupo. Si dos personas piensan igual, una sale sobrando, ¿entiendes?

-Puedes pensártelo -añadió Cat-. No es algo que tengas que compartir ahora mismo.

Un secreto para desembarazarme de la soledad.

Lo pensé por unos días, aunque sabía de antemano que por más que escarbara hondo, muy hondo en mi vida, llegaría a la misma conclusión: ese gran secreto que me pedían como moneda de cambio tenía que ver contigo. Compartirlo con un grupo de extrañas no iba a ser agradable. No lo fue. Fue traicionarte. Pero debes entender -sé que lo entenderías- que no lo hice solamente porque estoy cansada del autodesmierro. Lo hice porque también estoy cansada de llevar a cuestas este fardo que me lanzaste antes de huir.

Y les dije, Lu, les conté...

Lo que te hacía el sacerdote cuando ibas a confesarte, lo que había estado haciendo durante años a tantas niñas, lo que te hacía despertar gritando por las noches, lo que me hizo una vez, y solo una, porque al final dijo que las indias le dábamos asco... Les dije eso, Lu, se los confesé. Les dije que no aguantaste, que terminaste marchándote para siempre, que ya me habías dicho que estabas muerta, pero que, incluso muerta, él seguía abusando de tu putrefacción.

Se horrorizaron.

Caterina Ferrer, que en ese momento no era todavía Caterina Ferrer, intercambió una mirada conmigo, como si entendiera...

Cuando habló, fue para confesarme su gran secreto.

Ylari

1

Nadie debe enterarse

—No puedo creer que me hayas convencido para esto —resoplé.

—Parecías muy contenta cuando empezamos —jadeó a su vez.

—Duele...

—No seas una debilucha. Falta poco. Dame tu mano.

Limpié la palma en mis *shorts*.

—Estoy sudando —me excusé, azorada.

—¿Sudas? Nunca lo hubiera imaginado.

Puse los ojos en blanco, pero, al tomar su mano, borré el gesto irónico. Temblé ante la sonrisa dulce que me ofreció antes de conducirme a la cima de las escaleras. Semanas atrás, en aquellos últimos metros, Natalia casi se había desmayado durante la segunda prueba. Con mis dedos hormigueando entre los suyos, contemplé lo que había dejado atrás: la academia. Los edificios desperdigados parecían el desastre de un niño gigante que, después de jugar con ellos, los había abandonado a su suerte en la montaña.

—Es hermoso —murmuré, y señalé las hojas matizadas de rojo, dorado y naranja que aún estaban adheridas a los árboles. Al bailar con el viento le infundían vida a la ladera.

—Es el otoño que agoniza.

Tiró de mi mano con suavidad y me llevó por un sendero casi invisible entre el mar de hojas caídas que la tormenta había reblandecido. Mientras los árboles nos guarecían del sol, las pisé con la esperanza de hacerlas crujir, pero apenas logré que desprendieran un aroma primitivo.

—¿Falta mucho? —pregunté.

—¿Estás cansada?

—Ayer desfilamos por varios kilómetros, ¿recuerdas?

—Recuerdo varias cosas —aseguró.

—¿Sí? ¿Como cuáles?

—Tú sabes cuáles —dijo, evasiva.

—Podrías refrescarme la memoria.

Detuvo la marcha y sus ojos plomizos me observaron con detenimiento; me pusieron nerviosa. Fue imposible no enrojecer. Era la primera vez que coqueteaba con alguien y sentía que lo estaba haciendo fatal. Quizá Emma pasaría por alto mi torpeza, entendería que yo pertenecía al grupo de las neófitas en cuestiones románticas y me ayudaría. Cuando acortó las distancias, se humedeció el labio inferior con la lengua y su mirada escrutó el fondo de mis pupilas, pensé que había logrado un avance, pero entonces dijo:

—Recuerdo que llorabas, estabas moqueando y tenías los ojos hinchados. Parecías un sapo.

Sonreí como si me hubiese hecho gracia, pero en cuanto se dio la vuelta, descuidando su espalda, le tiré encima un puñado de hojas. No pude escapar de su venganza —tampoco quería— y me resigné a que las hojas blandas y coloridas también adornaran mi cabeza.

—Acabo de recordar otra cosa —dijo, modulando su tono a otro que me erizó la piel. Tragué saliva mientras retiraba de mi mejilla un pedazo minúsculo de hoja—. Recuerdo que te equivocaste varias veces durante el desfile. Debes practicar más.

Resoplé mientras se reía.

—Todas las novatas nos equivocamos —refunfuñé, y le tiré otro puñado de hojas—. No me regañes.

—Nunca en la vida pensaría en regañarte. Pincharte el orgullo es como pinchar un globo lleno de agua helada.

—Un poco parecido a cuando a ti te pinchan el ego, Lerroux.

—¿Cuál ego?

Se quitó las últimas hojas del pelo y me sonrió. Tenía ganas de meter los meñiques en los hoyuelos que le adornaban la sonrisa. Debió de intuirlo, porque echó a andar como si huyera. Fui tras ella. Había aprendido que la Marquesa soportaba la cercanía cuando sucedía en sus términos y no cuando yo la forzaba, cuando ella lo quisiera y soportara, cuando era decisión suya y no de alguien más.

—Falta poco —dijo, y no supe si se refería al camino o a mis esperanzas de repetir el beso de la noche anterior—. ¿Serás valiente?

—¿Debo ser valiente?

—Mucho.

—Me estás asustando.

Guardó un silencio enigmático.

—¿A dónde me llevas? —insistí.

—No quiero arruinar la sorpresa.

No me quedó de otra que disfrutar del camino y de las vistas, que consistían en la camisa a cuadros y de franela que, atada a su cintura, ocultaba los *shorts* de mezclilla. La camiseta de las Storms dejaba al descubierto sus delgados hombros, bronceados por los ensayos, y las pecas que le salpicaban los brazos.

Cuando empezamos a bajar en diagonal, el camino se estrechó de tal manera que fue imposible colocar los pies sin que uno estuviera a centímetros de resbalar. Emma me indicó que me apoyara en las hendiduras de la pared de roca que iba creciendo a nuestra derecha. Minutos después, escuché el tenue rumor del agua.

—¿Es una cascada?

Era una pequeña, apenas una película de agua cristalina que descendía entre las rocas y se convertía en un riachuelo ladera abajo. Estaba helada. Emma me salpicó el rostro y yo le saqué la lengua.

Señaló hacia arriba.

—Escalaremos alrededor de cinco metros —comentó mientras ajustaba los tirantes de su mochila.

—¿Escarar? ¿Cómo?

—Mira con atención cómo cae el agua. —Señaló el camino que seguía el fluido—. La erosión ha construido una escalera natural. Hay rocas planas donde puedes pisar. Yo te guiaré, pero no te confíes. Un paso en falso y estarás rodando montaña abajo.

Asentí con aprensión. Había escalado árboles, pero nunca me había aventurado en la roca, menos en la húmeda. Cada vez que llegaba el verano a mi pueblo, las montañas se llenaban de escaladores entusiastas y siempre había el que no se tomaba la seguridad en serio y terminaba con un *in memoriam* al pie de alguna pared escarpada.

—Es sencillo si te concentras —comentó Emma al notar mi reparo. Puso su mano en mi hombro como si quisiera reconfortarme—. Sé que lo vas a lograr.

Asentí y, cuando se dio la vuelta, tragué saliva. Cuando alcanzamos la cima —que no era otra cosa que una terraza en la roca— me mostré incólume, como si el ascenso no me hubiese aterrado.

El misterioso origen del agua era una fisura en pared de roca, tan alta y tan ancha que una persona podía adentrarse sin problema. Ese detalle acudió a mi mente con naturalidad, pero apenas si le di crédito cuando Emma dijo que haríamos eso: irrumpir en las profundidades de la montaña.

—¿Qué...? —articulé temerosa—. ¿Por qué?

—Quiero enseñarte algo.

—¿Una familia de murciélagos?

Se encogió de hombros, como si mi sarcasmo la hubiese molestado, y se internó en la oscuridad sin mediar palabra.

—¡Yza! —llamó desde el túnel.

—¿Por qué quieres que entre ahí? —grité de vuelta.

—Ya te dije: quiero enseñarte algo.

—Dime qué.

—No me obligues a arruinar la sorpresa.

Acudí derrotada. Emma extendió una linterna en mi dirección y chapoteamos por el riachuelo.

—Ten cuidado con esa saliente —dijo, y un poco más adelante añadió—: Baja la cabeza, porque hay una roca puntiaguda justo ahí. —Y luego—: Tendrás que pasar de lado, porque en unos metros el camino se estrecha más.

—¿Cuántas veces has entrado aquí? —le pregunté.

—Perdí la cuenta.

—¿Alguien más conoce este lugar?

—No que yo sepa.

Entonces era un lugar secreto que había elegido compartir conmigo. Jamás le confesaría que me sentía afortunada.

—Tendremos que gatear un poco —indicó cuando la luminosidad de la entrada se había perdido por completo—. Ten mucho cuidado con tu cabeza y sostén la linterna con la boca.

Mi linterna alumbró su camisa de franela, que probablemente se había amarrado a la cintura para ese preciso momento.

Las rodillas me dolían cuando por fin extendió la mano y me impulsó hacia arriba. Con un gesto teatral —poco común en ella— hizo pasear la luz por el lugar. Estábamos en una caverna. El haz dividió la oscuridad y me mostró un estanque interno.

—¿Es muy hondo? —pregunté.

—Debe de tener unos cuatro metros de profundidad —explicó, dejando la mochila en el piso—, pero no siempre está lleno.

Se quitó botas y calcetines antes de sentarse al borde. Sus pies delgados se sumergieron en el agua como un par de peces plateados. La escuché suspirar de alivio.

—Deberías intentarlo.

No tuvo que repetirlo. El agua helada fue un gran consuelo para mis tendones fatigados. Aspiré profundo. Mezclada con el aroma de la roca fría y húmeda estaba la fragancia de Emma: una mezcla de su perfume y las minúsculas gotas de sudor que había visto brillar sobre sus hombros.

—¿No te aterra venir sola? —quise saber.

—Siempre.

—¿Entonces por qué lo haces?

Sus pies chapotearon en el agua.

—Porque me gusta ponerme a prueba, sentir que estoy viva, que no soy la marioneta de nadie, ni siquiera del destino. ¿Nunca has hecho algo como eso?

—¿Algo peligroso y arriesgado solo porque sí? —repuse pensativa—. Creo que mi situación nunca me lo ha permitido. No todos podemos lanzarnos a la aventura así nada más. Tenía una madre que cuidar y unos compañeros que me hacían la vida algo difícil. Si he tomado ciertos caminos, no ha sido con la consciencia de probarme a mí misma que soy capaz de recorrerlos, sino porque no he tenido otra opción.

Sus pies dejaron de chapotear y perdí su fulgor en el agua. El silencio nos envolvió y comencé a sentir mucho frío. Dejé caer la mano sobre la roca helada y noté el calor de sus dedos deslizándose entre los míos.

—Yzayana —murmuró—, un camino se abre frente a nosotras y parece complicado. No tienes la obligación de seguirlo, ni yo de probarme que puedo ser valiente y hacerlo también.

Apreté sus dedos, angustiada.

—Para mí no hay otro camino —le aseguré—. Hace tiempo que tomé la decisión de no resistirme a lo que siento por ti. Y si sientes... —Tomé aire—. Si tú sientes lo que yo siento, no me dejes recorrer este camino sola...

—Es un camino con muchos riesgos.

—Soy consciente de ello.

—Es un camino que podría destruirnos.

—El no recorrerlo tampoco sería sencillo —murmuré—. Al menos para mí.

La sentí temblar.

—Hice de todo para que no tuviéramos que llegar a este punto —confesó—. Te hice cosas horribles en un intento por alejarte de mí. Estaba aterrada. Estoy aterrada. Tanto que incluso intenté lesionarte.

—Te refieres al partido.

No era una pregunta.

—Quería que te marcharas de la academia a toda costa. Te quería lejos. Temí llegar a un punto sin retorno.

—¿Lo temías desde entonces?

—Desde antes. Cuando te vi en esa ventana, cuando me llamaste en esa lengua extraña... Te odié. Tu mirada... Lo que me provocó tu mirada... Yza, te odié y te quise desde entonces. Me has revuelto la cabeza de una manera que no te imaginas.

—Lo imagino. Me pasa lo mismo.

Levanté la mano e intenté tocar su mejilla, pero sostuvo mi muñeca y me mantuvo lejos de ella.

—Antes parecías tan consciente de lo horrible que era contigo —siseó con rabia—, ¿por qué no lo eres ahora? Deberías odiarme.

—Debería, pero no es así como me siento.

—¿Por qué no? Recurre a la lógica. Piensa en todas las cosas malas que te he hecho. Enumera de nuevo mis errores. Recuerda que por mi culpa te maltrataron. A nadie le dije que te hiciera daño, pero estaba consciente de lo que los rumores podían desencadenar y no los detuve...

Relajó el agarre de mi muñeca y al final la soltó.

—He sido horrible —recalcó, abatida—. Le dije a Leeza que te había invitado por lástima. No quería que sospechara... que todas sospecharan lo que sentía por ti. Mi desviación...

—No es una desviación.

—El mundo lo cree así.

—El mundo creía que el Sol giraba a su alrededor.

—Y mataron a personas por pensar lo contrario. —La voz le tembló y comprendí la magnitud del terror que sentía. Si ese terror la había llevado a hacerme todo lo que me hizo, no podía juzgarla con tanta dureza. Mi corazón no podía.

—Te quiero, Emma. Si ahora puedo confesártelo es porque emprendí una batalla a muerte contra mí misma, contra mi lógica y hasta mi orgullo. Perdí porque he decidido perder, porque lo que siento por ti es más intenso que cualquier otra cosa y vale la pena perder, perderme, por ti...

—¿Piensas que es tan fácil como estar juntas y ya? —interrumpió con brusquedad—. Incluso si logramos vencer al

mundo, yo no estoy preparada para algunas cosas. He puesto tantos muros a mi alrededor que he olvidado cómo salir de ellos.

—Encontraré la manera de entrar.

—Yza... ¿Es que no entiendes la magnitud de esto? Cuando me tocas sin avisar es como si quemaras mi piel con tus dedos. Cuando me besas se siente tan bien, pero al mismo tiempo...

Se le quebró la voz. Respiró fuerte. Temblaba mucho.

—No te tocaré a menos que me lo permitas —prometí—. No te besaré a menos que tú lo quieras...

Guardó silencio. Escuché que intentaba controlar su respiración. ¿Tanto le costaba hablar del tema?

Con mucho cuidado me acarició la mejilla con sus nudillos. Estaban helados.

—¿Puedo tocarte ahora? —pedí en un susurro.

Asintió. Tomé su mano entre las mías y me la llevé a los labios. Intenté infundirle calor con mi aliento, mientras que ella tenía la mirada perdida en mi regazo. Las linternas iluminaban la aureola incandescente de su cabellera cobriza.

—Hemos librado batallas imposibles —murmuró.

Sus nudillos rozaron mi boca y al principio pensé que lo habían hecho por error, pero luego, y con la sutileza de una pluma, advertí que se movían entre mis labios entreabiertos. Tragué saliva y se me cortó la respiración. Intenté aplacar la punzada en mi vientre que amenazaba con desatar todos mis deseos. No pude contenerlos. Besé su mano, deslicé mis labios entre sus nudillos y Emma tembló.

—Espacio —pidió sin aliento.

Fue una tortura no sucumbir al frenesí que invadía mi cuerpo, acatar su única petición de llevarlo pausado, de consumirnos con la parsimonia del Sol, que tarda millones de años hasta perecer en una catástrofe fascinante. Luché contra mis dedos, que querían trazarle la expresión del rostro, contra mi lengua que ansiaba, con violencia, jugar con la suya. El suave y detenido roce de sus labios me tenía temblando de manera incontrolable. Suspiré cuando capturó mi labio inferior y tiró de él con una lentitud desesperante pero absolutamente deliciosa.

—¿Tanto te gusta? —murmuró contra mi boca.

Decir que me encantaba era poco.

—Tu arrogancia ha vuelto —suspiré.

—¿Se marchó alguna vez?

La envié al agua para que reflexionara sobre el asunto.

Emergió para halar mi pierna y consiguió hundirme en el líquido oscuro. Nos enzarzamos en una batalla que nos arrastró hasta un extremo de la caverna. Una plataforma hundida nos ayudó a mantenernos en pie.

—Moriremos de hipotermia si no salimos pronto —comenté, intentando controlar el castañeteo de los dientes.

—¿Tienes frío?

Su sarcasmo se diluyó conforme me acercaba por la cintura. Mis manos fueron a parar sobre sus hombros y, nerviosa, repasé con el índice las líneas de su camiseta mojada.

—Hay otro lugar que quiero enseñarte —murmuró.

—¿Iremos a conocer a la familia de murciélagos?

—Muy graciosa.

Empujó mi frente usando la suya de manera juguetona, pero su proximidad disparó mis deseos y no pude contenerme.

—Quiero besarte —jadeé.

—No más besos hasta que te lleve a donde quiero —murmuró, cerca de mi oído.

—Entonces llévame lo antes posible.

Su risa hizo eco en la oscuridad y me condujo hasta la abertura de un túnel que probablemente era la vertiente de aquel estanque. Había una cuerda que se perdía en las sombras y me indicó que la tomase.

—No te vayas a soltar —advirtió—. Aquí la corriente no es muy fuerte, pero más allá lo será. Tendremos que bucear alrededor de diez segundos. No desesperes, deja que te guíe la luz.

—¿Al más allá?

Casi pude ver cómo ponía los ojos en blanco.

Los primeros momentos bajo el agua y en la oscuridad total fueron una experiencia aterradora. Pensé que me perdería, terminaría ahogándome y Emma tendría que buscar mi cuerpo

convertido en cubo de hielo. O peor, que una criatura acuática nos estaría esperando con la boca abierta y que acabaríamos en su estómago. Casi podía sentir sus fauces cerrándose alrededor. Pero, contra todo pronóstico, un rayo de luz atravesó la oscuridad, y luego otro y otro.

Emergimos en una galería iluminada. El sol entraba a raudales por un gran agujero en el techo, que también les concedía el mismo beneficio a las raíces de algunos árboles. Centenares de hojas flotaban sobre el agua: rojas, amarillas, naranjas y verdes. Creaban un efecto de caleidoscopio que a veces me persigue en sueños, como la visión de un paraíso perdido.

Fue maravilloso cerrar los ojos y flotar mirando el cielo. Dejé que mis preocupaciones se dispersaran como las hojas que tenía alrededor. Emma insistió en que trepáramos por las raíces colgantes y nos dejáramos caer.

—¿Y si se cae el árbol primero?

Dijo que no pesábamos tanto y, para probarlo, trepó por una de las raíces más gruesas y luego se impulsó en el aire para entrar en el agua con los brazos extendidos y las manos juntas, como una clavadista experta.

—Te doy un siete en ejecución —le dije cuando emergió.

Entrecerró los ojos.

—Supérame —me retó.

Me costó impulsarme para agarrar la raíz, pero mis brazos se habían fortalecido tanto en las últimas semanas que resultó sencillo trepar por ella. Lanzarme se me complicó. Dudé demasiado y terminé cayendo con los pies por delante.

—¿Quieres mi puntuación? —preguntó Emma con una sonrisa maliciosa.

—Puedes ahorrártela. —Le tiré encima algunas hojas—. ¿Lo hacemos de nuevo, juntas esta vez?

Hacia el término de aquella tarde asombrosa, Emma me pidió que la acompañara a la orilla y desde ahí señaló las raíces más viejas y oscuras que se pegaban a la roca como si fueran las venas del mundo.

—¿Logras ver algo más que solo raíces? —preguntó.

Yo estaba más concentrada en el roce de nuestros muslos y me costó reconocer las siluetas que formaban las raíces: eran las de dos mujeres voluptuosas que se entrelazaban en un abrazo eterno.

—Pensé que era la única que las veía —me dijo.

Nos recostamos y miramos el pedazo de cielo que se asomaba por el gran agujero de la caverna.

—¿Qué pasará de ahora en adelante? —murmuré. Temía hacer la pregunta y que la respuesta me decepcionase—. ¿Qué pasará entre tú y yo?

Guardó silencio mientras nos sobrevolaban cientos de aves que huían del invierno inminente.

—Todavía intento descifrarlo —dijo. Su voz resonó en las paredes como el eco de un pensamiento al que se le ha dado vueltas mil veces—. ¿Qué te gustaría que pase?

«Todo, Emma, todo».

—¿Podremos besarnos más? —articulé.

Estalló en carcajadas melódicas.

—¿Es lo único que ha capturado tu interés?

No había reproche en su voz, pero sí una calidez maliciosa. Encontré su mirada intensa, casi abrasadora, y me perdí en esos ojos grises mientras se lo confesaba todo.

—Quiero que este día se repita para siempre en diferentes versiones. Que pase el tiempo y, sin importar el momento que yo escoja, pueda ver esa sonrisa que tienes ahora. No quiero verte triste. Eres la primera persona por la que siento algo que me supera en todos los sentidos...

—¿Y eso no puede pasar si solo somos amigas?

Fue mi turno de reír.

—¿Amigas que se besan? —pregunté.

Despegó una hoja de mi pierna y la dejó caer al agua. Luego se inclinó hacia mí y murmuró, mirándome la boca:

—Sí, amigas que se besan.

Después de un largo tiempo dejando en claro ese punto, dijo sobre mis labios:

—Nadie debe enterarse.